

te, y que ninguna persona osara honrar su memoria: y hé aquí que, vi- viendo el mismo emperador, el cuerpo del mártir es llevado con pompa á la catedral de Praga, y depositado en un magnífico mausoleo.

Más de un siglo despues, estos honores tributados á Nepomuceno, han vuelto á abrir su ataúd, y el esqueleto del santo, despojado de toda carne, se encontró entero y blanco como la nieve. Su lengua, que no habia querido revelar el secreto de la confesion, estaba todavía intacta, fresca y roja, como cuando habia dicho al emperador: *Eso que vos me mandáis, Dios lo prohíbe; mi eleccion está hecha: es á Dios á quien yo debo obedecer.*

Esta lengua, milagrosamente conservada, se vé todavía entre las mas preciosas reliquias de Praga, y la Alemania, hoy día tan agitada por los revolucionarios, y que se arroja en delirio contra sus antiguas instituciones, no ha arrojado todavía una sola de las mil estatuas elevadas á la memoria de un sacerdote católico, mártir de su deber.

Hemos dicho en lo que acabamos de escribir sobre la confesion, que la gracia de lo alto es indispensable á la salud de todo hombre venido al mundo; pero que el confesor, cuyo ministerio es oír la confesion de los pecados; cuyo deber es pesarlos, ligarlos y desligarlos, debe en algun modo recibir de Dios una parte doble de esta gracia divina; porque él debe no solamente salvarse, sino tambien á todos aquellos que vienen á él para ser conducidos por el recto camino. En el navío que se dirige al puerto, el que tiene mas necesidad de sabiduría y de luces, es el piloto que lleva la palanca del timon.

Cuando se vuelve el pensamiento á cincuenta años atrás, cuando se fija sobre los gobernantes de 1793 está uno obligado á confesar que no ha faltado crimen alguno á esta época de vértigo y de terror: entonces habia verdaderamente establecido un concurso de bajezas y de celos, de despojos y de robos, de ingratitudes y denuncias, de traiciones y perjuri- os, de parricidios y sacrilegios. . . . Registrad en los anales de los tri- bunales de entonces, buscad en el archivo del comité de salud pública, y no encontraréis, no veréis mas, que el señor denunciado por su camare- ro, el rico por el pobre, el amo de la granja por el mozo del cortijo, el administrador por sus subalternos, el párroco por el sacristan, el magis- trado por el portero de estrados, el bienhechor por su beneficiado, el hermano mayor por el menor, el padre y la madre por sus hijos. . . . Pe- ro bien podeis remover las hojas corrompidas y manchadas de sangre de este horrible archivo; no encontraréis allí la prueba de que un sacerdote haya revelado la confesion de su penitente, que un confesor haya lleva- do al verdugo el pecador que se ha confiado á él.

“Hace un medio siglo, la iglesia de Francia se ha visto afligida por grandes escándalos: se han visto entonces sacerdotes (1) hollando á sus piés los juramentos mas sagrados, abjurar al mismo tiempo del sacerdo- cio y de la fé; se ha visto á otros violar el celibato por sus costumbres disolutas, y contraer matrimonios sacrilegos; pero en medio de las saturn- ales del vicio, jamas se ha oido decir que ninguno de estos infortunados haya violado el secreto de la confesion.”

Sí: mientras mas se investiga en lo pasado, mas se queda uno conven- cido de que Dios ha puesto su dedo sobre los labios de los sacerdotes: desde hace diez y ocho siglos, la Providencia ha velado sobre el sello de la confesion. Así, este secreto, atravesando tantos siglos sin ser traicio- nado, se invoca como una prueba del divino origen del sacramento de la penitencia. Una institucion humana, no habria podido jamas ser tan discreta. Lo que viene de los hombres, se va; lo que viene del Señor, permanece eternamente.

En los dias tranquilos, cuando el órden reina en las familias y en los estados, la garantía mas grande de la moralidad de la sociedad, es la confesion: el señor ó la señora de la casa, que entran en ella despues de haber obtenido del sacerdote de Jesucristo la absolucion de sus pecados, llevan bajo su techo una paz de conciencia, que se esparce al rededor de ellos; su corazon está abierto; han recobrado la inocencia por sus con- fesionés, y se siente en la familia como un perfume celeste. El frasco que contiene la mas suave esencia, guardará en sus concavidades de cristal el olor que despierta los adormecidos sentidos; pero si una mano levanta el tapon de oro, la casa es de repente embalsamada de dulce aroma.

Cuando el cielo está amenazante, cuando el trueno retumba, cuando la tierra se conmueve, cuando las revoluciones ahullan, rompen y destro- zan, los confesonarios son todavía el mejor lugar de refugio, porque es allí donde nosotros tomamos mas sumision á la voluntad de Dios, mas resignacion para la adversidad que él nos envía. En el interes de nues- tras almas, jamas nos faltan dias demasiado prósperos, porque aquellas se duermen frecuentemente bajo los cielos á quienes nada viene á turbar el azul. Lo que decimos aquí es triste, pero verdadero: el hombre en el infortunio, piensa mas en su salud que en la prosperidad; los sacerdotes son mas frecuentemente llamados al confesonario en los tiempos malos, que no cuando nada despierta la inquietud y la alarma.

Hay todavía otros dias donde los tribunales de penitencia faltan á la solicitud pública. Es cuando una mision se abre en una gran pobla- ó en una parroquia de campo. . . . En el momento en que el sople

(1) Inst. sobre la confes. por el abate Marius Albert.

del Señor pasa por la comarca, todo se conmueve; esto es, como el campo de trigo que ondula bajo la brisa. No cayendo bastante rocío sobre el país, todo se desecaría; el clero de la gran ciudad, ó el pastor de la pequeña poblacion, han pedido al obispo les envíe nuevos obreros espirituales, para ayudarles á trabajar en la viña del padre de familia.

Desde antes que la mision empiece, el cura sube á la tribuna, y anuncia á los feligreses la *buena nueva*, la apertura de los grandes asientos de la misericordia de Dios. Ha enumerado las gracias, los beneficios, las indulgencias, los perdones, las reconciliaciones, resultando de los piadosos y saludables ejercicios, que no tendrán lugar, sino antes y despues de los trabajos del dia, y que durarán muchas semanas.

A estas palabras de advertencia, mezcladas en la plática del domingo, una inocente curiosidad se revela entre los fieles, y de allí vendrá, que cuando los misioneros lleguen á la parroquia, las madres de familia son las primeras á alegrarse y dar gracias á Dios, porque ellas se acuerdan de antiguas misiones que habian vuelto las tabernas desiertas, los hombres mas sabios, y los niños mas obedientes. Las niñas y los jóvenes van á aprender y á cantar los cánticos, y este será para ellos un santo placer. Entre los habitantes de la parroquia, hay muchos; ay! que han aprendido en los ejércitos ó en las grandes ciudades la incredulidad y la indiferencia. Desde mucho tiempo se han abstenido de ir á hacer la confesion de sus pecados á su pastor (que algunos se lo han representado áspero, inaccesible y severo). ; Y bien! como sienten el peso de sus faltas, irán á confesar á los hombres de Dios, que el obispo envía para evangelizar el país, purificar las conciencias, y reanimar el fuego sagrado.

Luego que es llegado el dia de la venida de los misioneros, los notables de la comarca van ante ellos, y los cercan pidiéndoles su bendicion. El humilde techo del presbiterio recibe uno ó dos, y el castillo vecino á la villa, como en los viejos dias de la antigua hospitalidad, ofrece á los otros nuevos apóstoles la mesa y la cama.

En la familia cristiana se acojen con dicha estos hombres evangélicos, que han hecho voto de pobreza, y que frecuentemente han tenido gran mérito en hacerlo, porque muchos de ellos son nacidos en ricas moradas, y han renunciado á las pompas del mundo para ir á repartir al pobre pueblo el pan de la palabra. Cuando para llenar este ministerio, salen de su casa y retiro de oracion, no son estraños á los usos y costumbres de la buena sociedad: su lenguaje es puro, sus maneras son tan escojidas como decétes; ellos agradan á las personas de edad, y encantan á los niños; como nuestro Señor, ellos dejan á los pequeñuelos venir hacia ellos, y brincar sobre sus rodillas; tienen para ellos mil cuentos é interesantes historias.

Quando llegan á una parroquia, adormecida en la tibieza, antes de comenzar sus predicaciones, van á visitar los habitantes de la granja y los de la pobre cabaña: y allí tambien se hacen amar por la caridad que discurre de todas sus palabras y de todas sus costumbres. La miseria que han visto es bien pronto socorrida; porque las recomendaciones de estos verdaderos amigos del pueblo, rara vez dejan de ser escuchadas.

En fin, la mision se abre: ha comenzado por una invocacion del Espiritu Santo. El *Veni Creator* ha sido cantado. El programa de cada dia se ha trazado de tal suerte, que los trabajos del campo no sean interrumpidos por los piadosos ejercicios. La misa de la mañana suena antes de la hora de irse á los campos, y las instrucciones y los cánticos de la tarde no se comienzan hasta que toda obra se ha concluido. El reposo es así santificado y duplicado; no es solamente el cuerpo del labrador el que vá á reposar, es tambien su alma, á quien la oracion vá á refrescar, como el rocío cayendo del cielo, reverdece y fertiliza los surcos y los prados.

Los nuevos oradores han despertado la atencion del rústico auditorio. Hombres y mugeres, jóvenes y viejos, no doblan sus cabezas entorpecidas; todos las levantan y fijan sus ojos bien abiertos sobre el hombre de Dios, que sabe mezclar á las saludables doctrinas de la religion un interes sostenido; interes, que agrada en la alquería como en la ciudad, en la iglesia de aldea, como bajo las bóvedas de Nuestra Señora de Paris. Dogmatizar es bueno, pero relatar es mejor; y estos misioneros, educados en la escuela de San Francisco Javier, saben mucho mejor que otros, ocupar y ampararse de la atencion del pueblo: han visto mucho, tienen mucho que decir.

Ellos poseen otra ciencia, que es la de saber tocar el corazon. Su palabra desciende para conmoerlo. . . . para encender su tibieza, para arrancarlo del amor de la tierra, y elevarlo hácia el cielo. . . . El paisano ha repartido tantos sudores sobre los sulcos; sus cosechas le han costado tantos y tan fuertes trabajos, que ama su campo mas que toda otra cosa; frecuentemente piensa en él mas que en Dios; es preciso curarlo de esta injusticia, el misionero lo conoce; muestra al Criador en todos lugares, y mas en el campo que en cualquiera otra parte. Con la Biblia en la mano, demuestra al cultivador la alianza estrecha que ha existido siempre entre el Señor Dios de Israel, y los patriarcas. . . .

Quando el orador ha traído así al paisano al pensamiento de Dios, le inspira el horror al pecado. . . . de este horror á la confesion, no hay mas que un paso. . . . Empero la mision no está todavía á la mitad de su curso, y ya ha sido preciso construir nuevos confesonarios en la Iglesia. Las

almas han estado tan conmovidas por las bellas y tiernas ceremonias de la renovacion de los votos del bautismo, de la consagracion de los niños, y de los oficios de los muertos, que todas sienten la necesidad de descargar sus conciencias del peso de sus pecados. Entonces, los dias, y una parte de las noches, son empleadas en esta purificacion de los corazones. Los confesores están en su puesto; y mientras mas fatiga tienen, mas dan gracias á Dios; una alegría santa los anima, cuando ven las largas hileras de penitentes arrodillados en derredor de los confesonarios. . . . Ellos van á hacer llover el perdon sobre todas estas cabezas inclinadas, y llevar la inocencia á todas estas almas arrepentidas. . . . ¡ Oh! ¡ Cómo no alabar entonces, y dar gracias á aquel que les ha dado el poder de desatar y de absolver!

Mientras mas se aproximan los fieles al dia de la comunión general, que debe, con la plantacion de la Cruz, terminar la mision, mas redobra la caridad, y se revela en las oraciones que se dirijen á Dios para pedirle que haga caer su gracia sobre los incrédulos, que se han mantenido fuera del movimiento religioso. La dicha que ellos sienten, la dulce paz que gozan, la quieren hacer gustar á las almas áridas y secas, que han permanecido desviadas.

Es raro que la santa destreza, que el infatigable celo y la ardiente caridad de los misioneros, no consigan vencer el encaprichamiento estúpido de los volterianos. A pesar de toda su humildad, los hombres de Dios saben toda la verdad de esto que adelanto aqui: no tienen temor á las fatigas y molestias del confesonario, y se les ve llevarlas en los tiempos ordinarios, como en el de misiones, con un celo que no puede provenir mas que de la caridad. Dios solo puede saber todo lo que les espera en el tribunal de la penitencia, y cuánto es preciso que el confesor esté impregnado de la misericordia divina, para hacer descender sobre la cabeza de ciertos penitentes la gracia del perdon. Un hecho contemporáneo, que he contado en otra parte, prueba como el verdadero sacerdote de Jesucristo sabe perdonar y absolver. Oidlo.

Mientras la guerra de la Vendée, las poblaciones de San Juan, y de San Estévan de Corcoué, fueron sucesivamente tomadas y vueltas á tomar, por los realistas y los azules. Un hombre de San Estévan (Dios me guarde de decirlos solamente la primera letra de su nombre), se unió á los republicanos mientras ocuparon el país. Conocia los paisanos mas ricos, las granjas donde habia mas que robar. Conducia los soldados de la república, asesinaba con ellos á los habitantes que encontraba, y sabia siempre apropiarse una buena parte del botin. Cada dia empezaba de nuevo sus expediciones, y su sed de sangre y rapiña era tal, que fatiga-

ba á los soldados. Estaba lejos de cansarse: se veia rico á fuerza de robos, y se ponía á sonreír con una horrible alegría, cuando solo, y en medio de la noche, á la luz de una tea de resina, contaba y recontaba todos los objetos robados. Los amontonaba sobre una boardilla, y trataba de ocultarlos á todos los ojos. Un dia se habia ido á una de sus sangrientas expediciones. Mientras que él estaba ausente, los pobres vandeos, con sus hijas y sus niños, fueron conducidos prisioneros, y encerrados en la capilla de San Juan de Corcoué. Entre estos desgraciados habia muchos parientes de aquel que no hemos querido designar. El venia de las casas de ellos, habia llevado los soldados mas feroces, y habia temblado de rabia viendo que las hermanas de su madre se le habian escapado, que no estaban en sus chozas, y que los soldados republicanos las habian llevado sin asesinarlas (1).

Desde el umbral de su puerta, muchos habitantes de San Estévan miraban el monstruo convertido en terror del país; el verdugo de las mugeres y de los niños. . . . Le habian visto alejarse de la poblacion, y dirijirse á la capilla armado de pistolas, de puñales, y arrastrando un gran sable, atravesar la ribera, y escalar la cuesta. . . . Como el hombre á quien devora una sed ingente, se regocija de llegar á un manantial de agua. . . . así corrió á la capilla, donde la sangre debia refrigerarlo.

En el silencio del horror, le vieron quitar su chupa, arrojarla sobre un zarzal, levantarse las mangas de su camisa, y lanzarse en el cementerio, por el cual le fué preciso pasar para llegar á la capilla. . . . En el instante, los tiros de pistola, los gemidos, los gritos se hicieron escuchar. . . duraron largo tiempo; y cuando hubieron cesado, se pudo decir: ¡ Todo está concluido; todo está asesinado. . . . !

Mientras el verdugo concluía su obra, un niño corrió hácia la capilla; él queria entrar allí; allí estaba su madre. Miró por un agujero de la puerta, y retrocedió espantado, viendo al monstruo acabando sus víctimas. . . . Sus piés nadaban en la sangre. . . . A esta horrible vista, el niño se puso á huir, y escapó así del verdugo de su familia.

Sin vergüenza, y envanecido de su proeza, el paisano volvió á bajar la cuesta, lavó sus manos en la ribera, enjugó sus armas, entró en su casa, y se sentó tranquilamente á tomar la comida que su muger le habia preparado. . . . ¡ Oh vergüenza. . . . ! Este hombre era casado tres veces. . . .

Los tiempos del terror pasaron; no se asesinó mas; la muerte se habia alejado; se respiraba, en fin, en las ciudades y en los campos. Aquel cuya historia os voy contando se indignaba de este reposo; pero era preci-

(1) Sus maridos y sus hermanos estaban en el campo de batalla.

so resignarse á el. Sus robos le habian hecho rico, é hizo muchas adquisiciones en el país. Se conocia bien, que se desviaban á su paso, que se temblaba á su aproximacion; pero él se habia creado una frente que no se enrojecia jamas. En medio de los hijos de las víctimas inmoladas por él, vivia sin inquietud; se le huía, pero no se le amenazaba.

Cuando la guerra fué terminada, cuando todo volvió al órden, este hombre, que habia hecho sufrir tanto, cayó en un estado horrible de sufrimiento; en sus crueles dolores, no se quejaba; bramaba: era el tigre saciado de sangre, que va á morir, y que se resiste todavía. El espanto venia á pintarse á los dolores de su cuerpo; el volvía á ver, contaba, numeraba sus víctimas. Alguna vez gritaba: ¡ tened piedad de mí! otras veces decia: ¡ Bien. . . . ! ¿ qué hacéis aquí con vuestros rostros pálidos? ¡ Matadme, como yo os he matado! acabadme. acabadme!

La desgraciada que no habia tenido vergüenza de venir á ser su muger, fué á buscar un sacerdote, y le dijo: vos solo podeis tranquilizarlo; y enrojeciéndose añadió: Señor llevad un crucifijo, porque nosotros no tenemos en casa. El sacerdote siguió á la paisana. Mucho tiempo antes de llegar á la casa del enfermo, oyeron sus gritos; eran horribles.

— ¿ Qué venis á hacer aquí, gritaba el moribundo.

— A consolaros, á tranquilizaros, respondió el sacerdote.

— ¡ No hay tranquilidad, no hay alivio para mí!

— Si la hay para todos los que sufren. Dios viene al socorro de todos os que le llaman.

— Yo no lo he llamado, ni á vos tampoco; es mi muger quien ha ido á buscaros. — “ Y entonces el revolucionario se volvió hácia ella, la amenazó y la cubrió de injurias.”

La desgraciada muger no hacia mas que repetir á todas estas violencias:

“ Era preciso ir á buscar á un sacerdote; ¿ no gritabas tú sin cesar: hélos aquí. . . . hélos aquí. . . . ellos vienen á buscarme; para arrastrarme al infierno. . . . ? ¿ Teniamos siquiera aquí una imágen de la santa virgen, un ramo qendito, un crucifijo. . . . ? ¿ Tenemos acaso vecinos, que vengan á rogar con nosotros? Tú lo sabes bien; ellos nos huyen. Hé creído, que un señor sacerdote te haria bien, y por eso lo he ido á buscar.

— ¡ Hacerme bien. . . . ! El será uno mas que me maldiga.

— ¡ Ah! exclamó el sacerdote, os equivocais; mi deber me prohíbe maldecir.

— Es igual; no llenaréis ese deber. . . . me maldecireis. . . .

— En el nombre del Dios que adoro, os juro. . . .

— No jureis! ¿ Donde está vuestra madre?

— En el cielo, entre los mártires.

— ¿ No ha sido asesinada entre los vandeanos?

— Sí; cruelmente asesinada.

— Estaba allá arriba. . . . en la capilla de San Estevan de Corcoué?

— No; fué presa y asesinada en el bosque de la Roche-Serviere.

— ¡ El bosque de la Roche-Serviere! Este es todavía mio. ¿ Qué me diréis ahora?

A estas palabras, el siervo de Dios, abrumado de horror, cayó de rodillas, permaneciendo algunos instantes; rogó por lo bajo; y levantándose dijo al moribundo:

— “ Yo vengo de decir á Dios: perdonadme, como yo perdono.

Así á vos, que sois mi hermano en Jesucristo, os repito. . . . Yo os perdono.

Los otros no me perdonarán, y vuestro Dios mismo no tendrá perdón para mí. Yo no tengo mas que el infierno, cuyos tormentos siento ya. ¡ Ah! si todos los asesinos sufren lo que yo paso, las víctimas están vengadas.

— Vuestros tormentos pueden ser provechosos; puede ser que ellos traigan el arrepentimiento.

— El arrepentimiento no me servirá mas que a los ojos de Dios: los hombres no creen en él.

— ¿ Qué os importa la opinion de los hombres? Debeis abandonarlos, y en las manos del Dios vivo, es donde debeis arrojaros.

— ¡ Ah, lo sé, lo sé! gritó el hombre que habia vertido tanta sangre; yo me veo ya ante él, y no puedo sostener sus miradas. ¿ Por qué me hablais de él? ¿ No veis al rededor de su trono, todas las mugeres, y todos los niños que yo he asesinado? Ellos me señalan con el dedo, y le dicen al juez, este es. . . . este es. . . . castígale. . . . Y el fuego del infierno viene á rodearme; los demonios me arrebatan. “ Entonces, en un horrible delirio, el revolucionario moribundo, se levantó enmedio de su lecho, y estendió los brazos para repeler la vision que se le presentaba todavía; sus cabellos grises se erizaron sobre su frente pálida y rugosa, el sudor corria sobre su rostro, y el pavor contraía sus facciones.— ¡ Ah, dijo el sacerdote: si la misericordia de Dios no fuese infinita, creeria ver un réprobo. . . . es así como deben ser!

Mientras él forcejeaba, su muger lo miraba con una piedad mezclada de horror, y repetia: eso le sucede así veinte veces al dia.

De repente el enfermo tomó con fuerza la mano del sacerdote, y le dijo: “ Quedaos, quedaos cerca de mí; ellos han visto la cruz, que vos habeis colocado cerca de mi lecho, han visto un ministro de Dios, y no